

“FRESQUITA”

A punta de día, nuestro amigo Pedro, pastor de un pequeño pueblo de los Pirineos, abre la valla del corral donde guarda sus ovejas, y, una a una, las va llamando. Hoy marchando a los prados.

Acabado el frío, la nieve de las altas montañas se ha fundido. Primavera, con la sonrisa del sol, ha hecho crecer la hierba y las pequeñas flores de mil colores.

Todo está listo para empezar la temporada en los prados verdes, donde las ovejas encontrarán buen pasto y agua abundante, en los pequeños arroyos del deshielo de la nieve de las montañas.

Pedro tiene una cabaña allí, en los prados verdes, y pasará hasta que el frío del otoño y los días cortos lo empujen otra vez.

Lleva muchos años pastor. Ya lo era su padre y el abuelo también. Ahora vive solo, porque Rosa, su mujer, murió hace unos años, y sus hijos, Joan y María, están casados en la ciudad. Con él acabará la estirpe de pastores en la familia.

Nuestro buen amigo Pedro coge el zurrón lleno, con las cosas que pueda necesitar para su estancia en los prados. Hace días que subió a la cabaña, alimentos, ropa y todo lo que cada temporada suele llevar.

¡Adelante, pues!, comienza la marcha...

Él, su rebaño de unas cien ovejas, y Tafaner, el pequeño perro pastor, que le acompaña siempre y le es de gran ayuda para controlar el rebaño.

El sol se va levantando y parece que les dé el buen día y el pistoletazo de salida.

Cierra bien la puerta de su masía y camina que caminarás...

Las ovejas van saltando y aprovechando la hierba verde, para picotear aquí y allá.

¡Arriba!, ¡arriba!, cada vez el paisaje es más verde, más frondoso, el aire más limpio y el agua más cristalina.

Llegado a un plano, Pedro piensa descansar un rato, bajo un frondoso abeto que se balancea con el suave viento.

Dicho y hecho. Abre el zurrón, saca un buen bocadillo, que se había preparado, con salchichón. La bota, para hacer un buen trago de vino, y comienza la comida.

Las ovejas van comiendo por aquel lugar y Tafaner cuida de que no se marche ninguna.

Pero Fresquita es muy "fresca" y, en un descuido de Tafaner, toma el pequeño camino que conduce hacia la izquierda y se adentra.

¿Qué crees que encuentra?... Al cabo de un rato, ve una familia sentada alrededor de un gran abeto, preparándose también para la comida del mediodía.

Un niño rubio, de unos 8 años, el hijo del matrimonio, juega con una pelota, chutando y chutando. Fresquita se lo mira. Aquel animalito de dos patas, como su amo, Pedro, se divierte chutando lo redondo que llaman pelota.

Ella, con cuatro patas, podría también chutar, mejor aún, y divertirse, y ... pensado y hecho.

Se acerca al niño, que se la mira embobado, y con su patita hace mover la pelota.

El niño salta de entusiasmo. Nunca lo había visto, no sólo eso sino una oveja tan cerca, y le va poniendo la pelota cerca de la pata, para que pueda moverla.

-¡Fantástico!, ¡he encontrado un amigo!

Papá y mamá lo miran sonrientes y extrañados. -¿Qué hace aquí esa oveja?

-Se ha escapado de un rebaño, seguro, comenta papá.

-Ahora vendrá el perro, a buscarla, añade mamá.

Pero nada, el tiempo transcurre y la oveja sigue con el niño, contenta.

Pedro ha terminado su bocadillo y sigue la marcha. Tafaner corre arriba y abajo, persiguiendo a las ovejas. Nadie ha echado de menos a Fresquita.

Al final, después de un largo camino, llegan a la cabaña de Pedro. Él abre la puerta del aprisco y hace entrar a las ovejas. Las va contando y nombrando cada una por su nombre, y está claro, ¡ahora sí! que echa de menos a Fresquita.

¡Pobre Pedro!, ¡qué susto!, ¿dónde estará esta traviesa?, es pregunta.

Cierra la puerta del cercado, y él y Tafaner van buscando por todas partes; pero pronto oscurece y deben dejarlo estar.

Pedro no durmió en toda la noche, pensando qué había podido pasar con su pequeña Fresquita, y culpándose de su descuido, de no haber vigilado lo suficiente.

Pero ¿qué estaba pasando con nuestra oveja?

Llegado el momento de recoger y devolver a casa, la familia del niño, al verlo tan animado con la pequeña oveja, y viendo que nadie la había venido a buscar, decidieron llevársela. Iban con una furgoneta y cabía bastante bien.

Ellos, en las afueras del pueblo vecino, tenían una torre con un gran jardín, y allí podría vivir Fresquita, mientras pensaban qué hacer con ella.

Aquella noche, el niño tampoco pudo dormir de alegría, por tener con él a la pequeña oveja, que se había convertido en su mejor amiga y compañera de juegos.

Al amanecer, nuestro pastor vuelve a la búsqueda infructuosa de Fresquita y decide, hacia el mediodía, dejar las otras ovejas encerradas en el cercado y bajar al pueblo, a ver si alguien sabía algo de la traviesa oveja.

Anda que andarás, llega al pueblo y va contando a todo el mundo que le falta una oveja.

Nadie sabe nada, nadie le ha visto.

Hemos visto que le ha pasado toda la noche al niño, qué le ha pasado, y pasa a Pedro, pero... y Fresquita, ¿Cómo está?.

Pues, ¡mirad!, ella tampoco ha dormido. Primero parecía tenerlo muy claro: no volvería al rebaño. Era encantadora la nueva vida. Todos le halagaban y el niño era tan dulce con ella que, esta nueva experiencia, le atraía por completo. No pensaba que no era aquel su sitio.

Pero a medida que avanzaba la noche, se iba poniendo nerviosa, triste, arrepentida y añorada. Pensaba en sus compañeras, en su amo y amigo, Pedro, en Tafaner, en los campos verdes de los pastos... Ahora estaba en un jardín, no había hierba verde para comer, no había riachuelos. agua fresca, no había más ovejas, estaba muy sola, tenía una comida extraña en un plato, agua en un cubo; pero no era lo mismo. No tenía el calor de las compañeras, no sentía su dulce balar, y se daba cuenta del disparate que había hecho.

Quiso vivir en un mundo que no era el suyo. Probar experiencias nuevas, sin saber cuál podría ser el resultado... Y ahora, ¿qué? ... ¿Cómo regresaba?... ¿Qué hacía?...

Cuántas veces los humanos nos lanzamos también a experiencias nuevas, por el mero hecho de probar... Cuántas veces quisiéramos ser lo que no nos pertenece, por nuestro status social y por nuestra condición, física, familiar, etc. Y nos adentramos en aventuras y mundos desconocidos, de los que después cuesta salir, si no se acaba mal.

Afortunadamente, nuestra historia terminó bien. El padre de nuestro niño fue al pueblo a comprar pienso para las gallinas que tenían, y oyó comentar cómo Pedro buscaba a Fresquita.

La devolvieron y, agradecido, Pedro invitó a Jordi, que éste era el nombre de nuestro niño, a subir con sus padres, siempre que quisieran, a la cabaña. Podrían jugar con Fresquita y con todas las otras ovejas del cercado.

Montserrat Llopart